

IRAK, ALGUNAS CLAVES DE UN CONFLICTO PROLONGADO.

C.C. FEDERICO AZNAR FERNANDEZ-MONTESINOS.

RESUMEN

En Irak, como en todo conflicto, confluyen una serie de factores polemológicos que dificultan la estabilización del país; las razones endógenas y estructurales, intrínsecas al marco en que se desarrolla, están relacionadas con la evolución histórica del país así como con la distribución del poder y la composición étnica, religiosa e ideológica de la sociedad iraquí

Los factores exógenos y coyunturales son, en éste caso, producto de las fuerzas que interactúan y están relacionados con los errores cometidos por las fuerzas de ocupación al no tomar en cuenta la naturaleza de la sociedad iraquí.

ARTÍCULO.

Sí aproximarse a un conflicto es siempre una tarea compleja, hacerlo desde un sistema de valores (el occidental, centrado en el individuo y la libertad) y un esquema de pensamiento (el racional-cartesiano) distintos de aquellos con los que se construye la sociedad que lo soporta (centrada en la comunidad y la justicia), es una tarea ímproba que puede inducir a graves errores de cálculo.

Por ello, el sentido holístico implícito a toda operación militar obliga no sólo a prever la guerra en todos sus aspectos, sino también a plantear el día después, como se hizo, por ejemplo, a través de la red de conferencias políticas que jalonaron las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Y no se puede ignorar a la hora de planear el post conflicto la naturaleza de las sociedades sobre las que se actúa ni la particular psicología de sus individuos. Pero es siempre fácil ejercer de augur a posteriori.

En fin, con el término árabe Al-Iraq etimológicamente se señala la orilla de un gran río y el espacio de pastoreo anejo. Así, Iraq, la tierra del Tigris y el Eúfrates, es un país surgido a partir de la integración de las provincias otomanas de Mosul, Basora y Bagdad, tras los acuerdos que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial; de esta suerte, quedaron formalmente convertidas en una comunidad de destino.

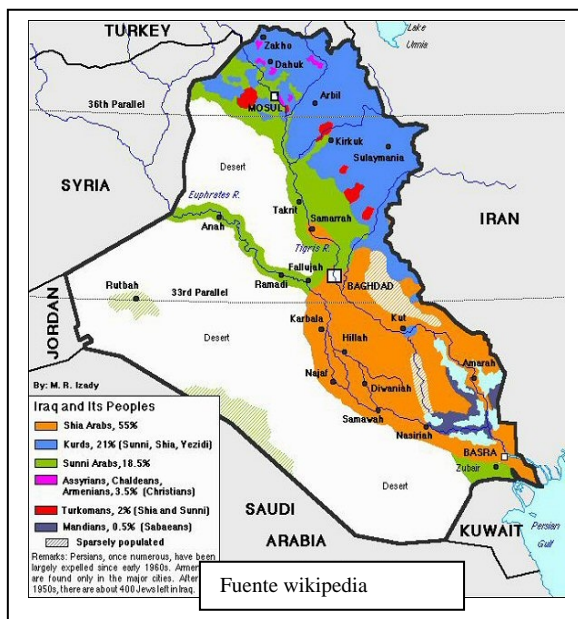
Al principio, el país estuvo controlado por los británicos y después por funcionarios iraquíes; sin embargo, a través del ejercicio del poder se terminó por atraer a diferentes grupos al seno de una política propiamente iraquí, que superase lo artificioso de su creación como Estado, y con la que, simultáneamente, se trataba de disciplinar a la población. Pero también se hizo reaccionar a algunos colectivos frente a ella de modo que acabaron por posicionarse contra la nación.

Los ingentes ingresos procedentes del petróleo permitieron cambiar la base económica nacional y contribuyeron a su consolidación; de ellos también se sirvió su clase dirigente que trató de perpetuarse y patrimonializar el poder utilizando prácticas clientelares y corruptas a la hora de fijar su reparto.

Entrando ya en las causas endógenas del conflicto, es preciso reseñar que algunas de ellas tienen su raíz en el propio proceso de construcción nacional y en una sociedad invertebrada y poliárquica que se adaptaba mal a las estructuras formales de gobernación que le venían impuestas. Y es que Sociedad (*Dunya*) y Estado (*Dawla*) son dos conceptos que deben estar interrelacionados para que puedan subsistir en un mismo ámbito.

Dicho esto, señalar que la sociedad iraquí es una sociedad plural (*Ikhtilaf*) y diversa, mucho más que las occidentales, al igual que sucede, en general, con el mundo musulmán. Y no debe perderse de vista que, sí bien padecía de graves desequilibrios internos, no se dio en ella antes una espiral de violencia como la vivida en los últimos años, lo cual eleva la categoría de los factores exógenos a la de elementos detonantes.

En el caso que nos ocupa, señalar que étnicamente Irak está compuesto, según la fuente, por en torno a un 73% de árabes y un 22% kurdos (dotados de una lengua propia), así como de minorías de turcomanos, asirios, beduinos, armenios o iraníes. Por otro lado, sí se atiende a la composición religiosa del país (que se superpone sobre la étnica) puede apreciarse que existe un 55/60% de chiítas, entre un 32 y un 37% de sunnitas, un 3% de cristianos y menos de un 1% de judíos y yazidíes.



En el gráfico correspondiente a las áreas de preponderancia de los factores antes desglosados, los kurdos (chiítas y sunnitas) se sitúan al nordeste del país, mientras el núcleo principal chiíta se sitúa en la zona centro-Sur, una zona muy rica en petróleo. Además, existen enclaves étnicos y religiosos, junto a áreas notablemente heterogéneas.

Las comunidades religiosas cuentan con su propia historia, que va mucho más allá del mito del chiíta agricultor frente al sunnita nómada o comerciante. Así, Irak alberga los lugares mas sagrados del chiísmo; su población rechazó en el siglo XVIII la invasión wahhabí (matanza de Kerbala), una razón para el orgullo nacional.

No obstante, los chiíes, pese a su carácter localmente mayoritario, han estado dominados por los sunnites, que ostentaban tal mayoría pero en el conjunto del Imperio Otomano; de modo que siglos de opresión, exclusión política y sospecha han dado sus frutos con un desigual reparto de la riqueza entre credos y etnias, generando unos niveles de desconfianza y resentimiento que tardarán en poder superarse. Las provincias del Sur, de mayoría chií, sufren de un mayor subdesarrollo comparadas con las del centro y Norte.

Los sunníes cuentan con niveles más altos de riqueza, pero sin embargo y como consecuencia de su cercanía al poder, no organizaron estructuras sólidas con capacidad para la articulación y representación de sus intereses más allá de fórmulas de corte tribal.

Debe quedar claro que los chiítas iraquíes son de etnia árabe diferenciada de la persa predominante en Irán, por más que algunos de sus dirigentes sí lo hayan sido. Y tampoco son una única comunidad política; su posicionamiento ideológico ha oscilado desde el desarrollo de estrategias de resistencia hasta la adscripción al nacionalismo étnico árabe como vía para superar la división religiosa intramusulmana.

Ni sunnitas ni chiítas constituyen bloques monolíticos, sino que incluyen distintas banderías, no siempre bien avenidas. Así, mientras muchos chiítas se integraban en las estructuras de un partido laico como el Baaz (de otra manera, no podría entenderse la supervivencia del régimen) y en el Ejército, otros formaban partidos de corte islamista bajo la luz moral del Ayatolá Jomeini, y con el riesgo de ser acusados de falta de patriotismo al asociarse con otro país y otra etnia.

Históricamente, la interpretación de las *“palabras sagradas”*, los debates teológicos, han sido una justificación recurrente para multitud de conflictos motivados por diferencias de otro tipo o luchas por el poder.

Posicionamientos como los de Ibn Taimiyya en el siglo XIV respecto de los chiíes han servido a los radicales para argumentar la violencia contra aquellos en su condición de desviacionistas, justificando el choque entre musulmanes, que no es tan intenso como a veces se plantea.

De hecho, en una carta de Ayman Al-Zahwahiri a Abú Musa Al Zarqai los considera un blanco coyuntural, más que otra cosa, por haber instrumentado la invasión americana para hacerse con el poder. Y probablemente también porque no se puede condenar a millones.

Así se entra directamente en un poliedro ideológico construido sobre una pluralidad de líneas de fractura que atraviesan la sociedad iraquí, en parte surgidas tras el fracaso de la vía socialista árabe. Estas serían la relación *islamiyya / qwaniyya*, es decir al conflicto existente entre la identidad islámica y la nacional; la que se produce entre el país (*watan*) y la nación árabe (*Umma arabiyya*); o el establecido entre las esferas religiosa y laica. Todas ellas susceptibles de ser defendidas por la fuerza de las armas.

Esto entendido no sólo en términos positivos sino también con sus exclusiones. Ni la identidad islámica ni la nacionalista han conseguido incorporar otras subidentidades; mientras unos, por ejemplo, excluyen a los no musulmanes, los otros excluyen a los no árabes.

Otra característica de la sociedad iraquí es su estructuración en tribus, confederaciones de tribus y en agrupaciones aún superiores. Estas redes clientelares han sido históricamente redes de solidaridad y apoyo mutuo, así como canales fundamentales para la distribución del poder y también para conseguir su patrimonialización, superponiéndose a las estructuras del Estado y hasta chocando con aquellas.

De partida, las estructuras reales de la sociedad no encajaban plenamente con su vertebración formal sustentada por el Estado. Baste decir, por ejemplo, que ya en tiempos del Imperio el sultán otomano se relacionaba directamente con líderes tribales, al margen del gobernador de la provincia.

De hecho, históricamente, las tribus han tenido períodos de auge, declive y, ahora, resurgimiento, en función de su relación con el Estado moduladas siempre por la percepción que tuvieran sobre su poder real; así, durante el mandato de Saddam los clanes de Tikrit tuvieron una gran importancia.

Por ello, estas redes son capitales para la vertebración de una sociedad tan poliarquica como la iraquí; de hecho, y a juicio del Teniente General Ricardo Sánchez, primer jefe del contingente militar que ocupó el país, el no haber

establecido vínculos con los líderes tribales fue un grave error que contribuyó a la creación de un clima de guerra civil.

Otra cuestión es la sistematización de la violencia y el establecimiento de un régimen de terror, anterior incluso al advenimiento de Saddam Hussein, como fórmula magistral para el anclaje y estabilización de la sociedad: la tortura y la masacre no eran recursos infrecuentes; y lo que es peor, esta cultura pasará a incorporarse en la sociedad.

De hecho, este proceso fue inevitable. El ejercicio de la “violencia legal” weberiana desde el Estado tampoco contaba con los contrapesos de una auténtica separación de poderes y, por ello, creció sin límite alguno que la contuviera. Así, para mantener el orden en el país, los británicos primero y los primeros gobiernos iraquíes después únicamente precisaban de la utilización de la Fuerza Aérea británica, la RAF, apoyada por un pequeño Ejército.

Merece destacarse por su relevancia un golpe de Estado en los años cuarenta el cual produjo un vacío de poder durante unos días que se saldó con un caos y fue aprovechado para ajustes de cuentas intertribales y la matanza de judíos. Un buen precedente para lo sucedido hoy al disolverse las estructuras de represión del Estado tras la ocupación; la diferencia es que entonces no existía el elemento discursivo islamista tan útil para vertebrar la violencia.

Conviene insistir en la relevancia geopolítica de Irak, no sólo por poseer en su subsuelo en torno al 10 % de las reservas mundiales de petróleo (cifras que mejorarán cuando se pueda normalizar tras muchos años la política de prospecciones) sino por su posición geográfica; la instalación de oleoductos en su territorio es capital para la posterior distribución marítima del producto.

Tampoco los recursos petrolíferos de los territorios ocupados por kurdos y chiíes son ajenos a los anhelos de independencia de los primeros y a las propuestas de crear una especie de petrolistán, con la incorporación a Irán del sur de Irak. Por no hablar de cuestiones territoriales, como de las fronteras con Irán, que ya motivo una guerra, o de la propia existencia de Kuwait. El

resultado es que el precio por barril que Ben Laden a comienzos de década consideraba real (cien euros) es hoy una realidad (se encontraba a treinta).

Los países de su entorno (Turquía, Irán o Siria mayormente) están de hecho implicados en el conflicto por la sola posibilidad de que se extienda a sus fronteras tras la ruptura de los frágiles equilibrios internos; etnias y religiones se distribuyen irregularmente por las naciones del área. A ello se añade la redefinición y reequilibrio de fuerzas en el área tras la destrucción del régimen de Saddam, con un Irán aun más fuerte por el alza de los precios del petróleo y el colapso de su antiguo enemigo.

Además, y conviene no perderlo de vista, el conflicto iraquí se añade a otros como el kurdo, el armenio, el judeopalestino (había quien, como fórmula de compensación con el mundo árabe, esperaba su resolución definitiva tras la intervención), el libanés... que hacen que el área sea profundamente inestable.

Entrando ya en la valoración de los factores exógenos y coyunturales que motivan el estadio actual del problema, merece en primer término destacarse la disolución de los mecanismos de distribución del poder y las estructuras del régimen baazista inmediatamente después de la toma de control por parte de las fuerzas de ocupación. Armamento y polvorines quedaron sin protección y la inseguridad se extendió por el país.

Las autoridades iraquíes habían planeado en parte el post-conflicto mediante la acumulación de armas y fondos, como un elemento más de disuasión habida cuenta de la debilidad de sus Fuerzas Armadas resultado de años de embargo y hostigamiento. De hecho, no hubo rendición, ni entrega formal de poderes; se optó por la disolución de una administración que servía para sujetar una sociedad profundamente desequilibrada con el fin de refundar el país.

Así se buscó una nueva fuente de legitimidad, aun a sabiendas de que con ello también se aceptaba un periodo con un cierto caos interno, para después del cual se esperaba el reverdecer de la sociedad iraquí. Aparentemente, nadie

planteaba una espiral de violencia ni un periodo de anarquía como el que se produjo; éste fue el natural resultado de la ausencia de autoridad local y de la escasez de unos efectivos de la coalición distribuidos a lo largo de un territorio inmenso.

Es más, la excarcelación de los criminales presos en las cárceles fruto del caos, junto con las revanchas y ajustes de cuentas contra los antiguos dominadores que habían hecho un uso lato de la violencia, contribuyeron aun más a la efervescencia social de una sociedad acostumbrada a ella y estructurada en clanes. Sus acciones se infiltraban por las juntas de las placas tectónicas en que se descompone la sociedad iraquí balanceándolos y posibilitando su colisión.

Después, criminales y movimientos insurgentes baazistas fueron sustituidos por islamistas que, al basar su discurso en la religión y presentar a las fuerzas de la coalición como elementos judeocruzados, fueron muy bien acogidos por una población que mayoritariamente los apoyaba o comprendía.

El Teniente General Sánchez, a posteriori y a la hora de hacer autocrítica, consideró que la solución que debió adoptarse en su momento pasaba por instalar un gobierno provisional y aprovechar las antiguas estructuras de poder. Y es que ya lo decía Sun Tsu: *“Si utilizas al enemigo para derrotar al enemigo, serás poderoso en cualquier lugar a donde vayas”*.

Mirabeau a comienzos de la Revolución francesa proponía algo parecido con las estructuras del Antiguo Régimen: *“No somos salvajes que llegan desnudos de las orillas del Orinoco para formar una sociedad, tenemos un gobierno preexistente, preexistentes preocupaciones. Necesario es, por lo tanto, poner todo esto en armonía con la revolución y salvar lo repentino del cambio”*.

Pero esta opción posibilista planteaba *ab origine* un déficit de legitimidad al aceptar las estructuras del antiguo régimen, lo que les alejaba de la mayoría chiita y de la oposición kurda. El mismo dilema que se planteó en Alemania

tras la Segunda Guerra Mundial; además, dicho sea sólo de paso, la propuesta de Mirabeau no libró a Francia del Terror.

Y es que no existía una alternativa organizada y unitaria que tuviese una mínima capacidad de representación global, como lógica consecuencia tanto de las fracturas descritas como de los niveles de terror del régimen en la represión de cualquier forma de oposición. De hecho, se puede hablar de una representación por cuotas étnicas y religiosas.

Otra medida que pudo haberse adoptado con vistas a reforzar la legitimidad de las fuerzas de la coalición fue incluir en ellas, al igual que se está haciendo actualmente en Afganistán, a personal civil y miembros de ONG's, de forma que contribuyeran al proceso de reconstrucción nacional y mostrasen la naturaleza bien intencionada del proceder de Occidente, además de facilitar las labores de adiestramiento de los nuevos cuerpos y fuerzas de seguridad con el fin de que les relevara en el plazo más breve posible.

Por el contrario y sin embargo, se introdujeron compañías privadas de seguridad para complementar a los Ejércitos; estas estaban dotadas de sus propios intereses, no del todo concurrentes con los de la coalición, a la que no estaban subordinadas, pero al que utilizan para reforzar su acción en aquellas áreas que le pueden plantear dificultades legales o funcionales. En consecuencia, la población iraquí se los imputa a la coalición en su conjunto ya que no tiene posibilidad de discriminar entre ellos.

Llegados a este punto, decir que la utilización de métodos en la frontera de la legalidad, cuando no al margen de la misma -como unas armas de destrucción masiva que nunca se encontraron, los sucesos de Abú Ghraib o la existencia de limbos jurídicos como Guantánamo- erosionaron el discurso de Occidente, porque no se puede plantear una intervención como humanitaria y, simultáneamente, consentir con según que cosas.

La política de imagen, fundamental para atacar el centro de gravedad del enemigo, que no es otro que la legitimidad de su discurso, se resintió de ello y el resultado fue el debilitamiento del propio, de la cohesión de la alianza.

Pero es que la sola presencia de unas fuerzas de ocupación, que al principio no comprendían la particular psicología de la sociedad sobre la que actuaban - lo que obligó a desplazar a la zona hasta a antropólogos- se constituye en un factor belígeno al forzar una espiral en la lógica acción-reacción. Esto, abandonado a sí mismo, dota a los conflictos de una dinámica propia que hace poco predecible su evolución, y más aún cuando la religión sustituye y vertebrata la anarquía.

Por ello, este es un terreno propicio para el yihadismo internacional, cuya propaganda aspira a despertar las conciencias hermanas, aprovechando que Occidente se ha vuelto vulnerable al adentrarse en la pantanosa y polifragmentaria sociedad iraquí. Para ello, nuevamente se filtra por sus líneas de fractura y realimenta los focos de conflicto, tratando de vertebrarlos y presentarlos como uno solo entre el Islam y Occidente. De paso adiestra y motiva a sus militantes, lo que servirá para dinamizar los movimientos yihadistas en sus países de origen.

La violencia de la “*marea islámica*”, con la legitimidad y capacidad movilizadora de su discurso, se distribuye en dos planos. En el horizontal, frente a los desviacionistas, en el que se inscribe la violencia entre sunníes y chíies que tradicionalmente han vivido en paz. Su debilidad en el terreno militar radica en su carácter plural que les lleva también a enfrentarse entre sí por el poder.

En el plano vertical, se dirige contra los líderes políticos y contra los países occidentales que los apoyan. De esta manera, realimentando y prolongando el conflicto, se socava la posición de unos Estados Unidos que no pueden resolverlo ni abandonar el país a su suerte, al tiempo que le acusan de prolongarlo para así poder apropiarse de sus reservas de petróleo y dificultan su distribución, con cuyas rentas se podría afrontar la reconstrucción del país.

Esas teorías conspirativas contradicen las proposiciones de Sun Tzu: *“nunca es beneficioso para un país dejar que una operación militar se prolongue por mucho tiempo... los que utilizan los medios militares con pericia no activan sus tropas dos veces ni proporcionan alimentos en tres ocasiones”*.

Y aunque haya quien pueda beneficiarse de la desregularización jurídica que se produciría si Irak se convirtiera en un Estado fallido, los costos políticos y económicos de lo que se justificaría como un fracaso son, sencillamente inaceptables. Además, Occidente, que decía haber acudido en apoyo de la sociedad iraquí, se encuentra en situación de debilidad moral al ser rechazado por aquella, y de paso, se muestra vulnerable.

Decía Maquiavelo, entre los muchos y útiles consejos que hay en su obra venidos muy al caso: *“al conquistar un Estado, debe el ocupador pensar en todos los actos de rigor que le es necesario hacer, y hacerlos todos de una vez.....de otro modo se ve obligado a tener siempre la cuchilla en la mano... y no puede contar con sus súbditos... a causa de sus recientes y continuas ofensas. Los actos de rigor se deben hacer todos juntos, a fin de que ofendan menos; en cambio los beneficios se deben hacer poco a poco, a fin de que se saboreen mejor.”*

El caso de Irak muestra los resultados de hacer las cosas al revés: vencer brillantemente sólo para ver impotente como se transformaba la primigenia victoria en caos. Como, amoralmente, se dijera con ocasión del secuestro y posterior fusilamiento en Vincennes, por orden de Napoleón, del Duque de Enghien *“Fue peor que un crimen; fue una equivocación”*.

Ahora las cosas están mejorando sensiblemente, aunque hace falta tiempo para que la sociedad iraquí se establezca en niveles “aceptables” de violencia y no se produzcan choques entre sus distintos componentes; la cuestión es primero si ha merecido la pena – la guerra es una opción racional fundamentada en la previsión y el cálculo - y después si Occidente podrá afrontar los costos que implica resistir.